

LAS GEÓRGICAS

LIBRO I

VIRGILIO

Freeditorial 

LIBRO PRIMERO

Voy ¡oh Mecenas! a cantar las mieses,
y a decir en qué meses
el cielo desgarrar nos aconseja
la tierra con la reja,
y uncir la vid al olmo, y qué cuidado
nos merezca el rebaño y el ganado
como también la diligente abeja.

Vosotras ¡oh del mundo
clarísimas lumbreras, que en el cielo
marcáis del año el fugitivo vuelo!
Baco y Ceres benéfica, por quienes,
por cuyo don fecundo
la tierra aún salvaje
abandonando su silvestre traje,
pudo de espigas coronar sus sienes,
y al vaso de agua pura, cristalino,
incorporar el inventado vino.
Y vosotros ¡oh númenes campestres!

Faunos ligeros, Dríadas silvestres,
dejad vuestros selváticos rincones
que canto vuestros dones.

Y tú, por quien la tierra
herida al golpe de tu gran tridente
brotó un caballo, imagen de la guerra,
Neptuno prepotente:
tú, Palas, inventora del olivo,
tú, dado de los bosques al cultivo,
de Zea Dios, por quien trescientos bueyes
como la nieve blancos
la yerba pastan en copiosas greyes,
del Ménalo dichoso la morada,
del agreste Liceo los barrancos,
Pan, de ovejas custodio, si te es dable
deja también y acude a mi llamada
con rostro favorable.

Niño que al hombre rudo
revelaste el arado puntiagudo;
decrépito Silvano
que un ciprés tierno llevas en la mano;

Diosas y Dioses todos
que el campo implora de diversos modos,
los que nutrís la sementera rubia,
los que del cielo despedís la lluvia.
Tú, cuya suerte el universo ignora,
César: ¿agradaráte en buena hora
ser de los campos divinal egida,
y que el orbe te aclame no desechas
Dios de las estaciones y cosechas
del mirto maternal la sien ceñida?

Si a la urbana mansión no te acomodas
y aspiras de los mares al gobierno
Tetis para su yerno
te compra al precio de sus ondas todas,
y tu Numen del Nauta venerado
hasta la última Thule es proclamado.
¿O astro nuevo te place
presidir a los meses del estío
y entre Escorpión ardiente y Erigona
en el cielo fijar tu poderío?

Ya el escorpión ardiente a un lado se hace
y el sitio respetuoso te abandona....

Mas tu destinación sea cual fuere,
que nunca el Rey del Tártaro te espere,
ni a tan duro reinado tu alma aspire,
ni oferta tan crüel nunca te cuadre.

Por más que Grecia su Eliseo admire,
y lo pondere tanto
que aun Proserpina desoyó a su madre
por perseguir su ponderado encanto.

Da en todo caso bienhechor fomento
a mi atrevido intento,
y me acompaña por la agreste vía,
y como deidad pía
tendrás altares ciento.

Cuando al sol de la tibia primavera
el hielo acumulado en las alturas
baja un gélido humor a las llanuras
y las tierras el céfiro aligera,

se entregue sin tardanza
el ágil labrador a la labranza,
que tocando a su puerta
la alegre primavera lo despierta.
El suelto buey acuda
ante el yugo a postrar su frente ruda,
y la reja discurra por los campos
botando chispas y fugaces lampos.
Frutos la tierra te dará con creces
si el frío y el calor sintió dos veces,
si de un doble verano y doble invierno
fue estremecida por el roce alterno.

Mas antes de labrar un nuevo suelo,
de la localidad los vientos varios
estudia, y las tendencias de su cielo;
y los tradicionales
cuidados que hizo el uso necesarios.
Busca en cada terreno las señales
que te indiquen sus gustos especiales:
uno de espigas túrgidas se viste,

otro a hospedar la viña se resiste;
este con varios frutos se recama,
aquel se cubre de espontánea grama.

Providencia benigna

a cada tribu asigna

un producto especial con mano sabia:

su oloroso azafrán Cilicia envía,

la India su marfil, su incienso Arabia;

forja el acero el Cálibe desnudo,

da el Ponto su castor, y Epiro cría

los generosos rápidos corceles

a quienes en Elida nadie pudo

la palma disputar y los laureles.

Leyes particulares

naturaleza impuso a los lugares,

sin que nada su eterno curso estorbe,

desde que Deucalión repobló el orbe

con los guijarros que arrojó su mano

de do el duro nació linaje humano.

A la obra, pues, y si te cupo en suerte

domeñar tierra fuerte
de la estación propicia en el instante
la vigorosa yunta la quebrante,
y a lo largo del surco los terrones
dispuestos en montones
serán en polvo convertidos luego
del sol de estío al penetrante fuego.
O si fecunda tierra te tocare,
al punto mismo en que el Arcturo asome,
tu mano la pesada esteva tome
y a flor de tierra el suelo ingrato are,
así se extirpa allá la mala yerba,
y acá la tierra su humedad conserva.

No es menos conveniente
dejar un tiempo al campo perezoso
en baldío reposo,
o mudar la simiente,
sembrando por ejemplo rubio grano
donde habichuelas cosechó tu mano,
u otro leguminoso

chato o redondo, pálido o lustroso,
siempre que la simiente aquella sea
que en la sonante síliqua encerrada
al más leve rumor cascabelea.

De avena y lino el labrador prudente
ha de evitar el pernicioso empleo;
quema la tierra su cosecha ardiente,
sin que estas plantas ¡ay! sean las solas,
pues la queman también las amapolas
bañadas en el sueño del Leteo,
mas todo facilítase y alcanza.

Alternando con tino la labranza
no estercolar desdeñes la infecunda
tierra, o para que el brío recupere
si esquilhada estuviere,
arrójale a la faz ceniza inmunda.

Mas aunque el alternar de la simiente
venga a ser del descanso equivalente
nada hay que iguale al excelente efecto
de un reposo perfecto.

No es de menor ventaja
dar a las llamas la tronante paja
que en los rastrojos queda,
para que recobrar la tierra pueda
su robustez perdida,
y de un nuevo alimento ser nutrida.
Del fuego con la ayuda
tal vez la tierra el mal humor trasuda;
o bien relaja el fuego
algún respiradero obstruido y ciego
que a la planta infeliz, de vida nueva
una corriente bienhechora lleva.
O de la demasiado abierta tierra
los poros más y más constriñe y cierra,
para que así soporte sin esfuerzo
el sol activo y el helado cierzo.
Ni es la tarea a Ceres menos grata
de aquel que los terrones desbarata
hechuras de la reja,
y los campos allana y empareja.
Y una vez y otra con el rastro vuelve

y los terrones que formó disuelve,
y siempre a su labor atento y serio
al campo impone su perpetuo imperio.

Secos inviernos y húmedos calores
del cielo demandad agricultores.
La fértil Mysia y la región del Ida
cuya fertilidad el orbe aclama
a esta sola razón deben su fama.

¿Qué diré del que echado el grano, espía
su sementera con mirada pía,
y arroja y tapa la semilla, y luego
le da en madejas dividido el riego?
Y si agostado mira
el campo y que de sed la yerba expira,
vedlo de aquel collado cejijunto
linfa ruidosa derivar al punto,
que caracoleando
por un declive blando
lenta baja cascándose en las guijas,

y entre los intersticios y rendijas
va alegre insinuándose y parlera
y el incendiado campo refrigera.
O para que la espiga no se doble
a un peso superior, no bien observa
que la naciente planta
a la altura del surco se levanta,
da el ganado a pacer la inútil yerba.
O bien, con fin más noble,
y para beneficio del cultivo,
roba a un pantano su caudal nocivo.
En los inciertos meses sobre todo,
cuando creciendo, hinchándose bravío,
sale de madre un río
y ocupa la extensión con agua y lodo.
Tendiendo por doquier charcas hediondas,
muertos estanques y lagunas hondas,
que los campos aéreos
infestan con sus miasmas deletéreos.

Mas ¡ay! pese al conato

de hombres y de animales ¡hado ingrato!

la mala yerba con tupida alfombra,

los pájaros dañinos y la sombra

acosarán sus sembradíos todos

de diferentes modos.

Extraño no es desde que a Jove plugo

no hacer tan llevadero

del infeliz agrícola el sendero.

El campo sometió del arte al yugo,

aguzando con sabia providencia

del hombre la dormida inteligencia

para así desterrar de su reinado

el vil marasmo y el sopor pesado.

Antes de Jove, en la dichosa era,

la propiedad desconocida era,

vivíase en común, y blanda y pía,

con libre y generoso parto diario,

la tierra el alimento necesario

sin la gestión de nadie producía.

ÉL derramó el veneno

de la funesta víbora en el seno;
dio al mar borrascas y al pirata lobo
el instinto del robo.

Su rubia miel arrebató a las hojas,
escondió el fuego; y las corrientes rojas
de vino, que cruzaban la llanura,
Él también reprimió con mano dura.

Tal vez con el objeto
de que estudiando el hombre descubriera
de las diversas artes el secreto;
y al surco el trigo con afán pidiera
y al rudo pedernal la chispa oculta.

Los ríos no surcados, crespos, roncós,
sintieron sobre sí la *turba multa*
de los nadantes socavados troncos, y
examinando los celestes rastros
numeró el Nauta y designó los astros.

Las aves y las fieras
cayeron prisioneras
en liga o lazo, y el tropel protervo
de las jáurias ligeras

sitió en el monte al jabalí y al ciervo.
Del mar y el río la corriente fresca
brindó a las redes su escondida pesca.
Nació el rígido hierro
y la rechinadora sierra horrible,
porque las primitivas gentes rudas
la tabla hendían, fácilmente hendible,
cuñas introduciendo puntiagudas.
Hízose el hombre de las artes dueño;
el asiduo trabajo y el empeño
triunfaron a la par de toda traba,
y la necesidad que espoleaba.
La Diosa que de espigas se corona
impuso la primera
la férrea reja que en el campo impera.

Cuando las sacras selvas y aun Dodona
como olvidadas del usual retoño
negaban la bellota y el madroño.
Con afán luego cultivóse el trigo
sin lo cual el anublo su enemigo

pronto lo devorara
y de abrojos el campo se erizara.
¿Qué digo? Desfallecen
las cosechas, sucumben, desaparecen,
la mala yerba llega
y la plantada⁹ ciega;
y en medio de las anchas
deslumbrantes, espléndidas cosechas,
vence de avena estéril tristes manchas.

Si pues la tierra con tesón no hostigas,
ni espantas a las aves enemigas,
ni aclaras con la hoz el monte denso,
ni lluvia imploras con fervor intenso,
vano será envidiar triste y mohíno
la acumulada mies de tu vecino,
fuerza será que tu intención se vuelva
a la cercana selva
y que ella apague con bellota dura
el hambre que te apura.

Los instrumentos pintaré rurales, los
rústicos aperos sin los cuales nunca
sembrar ni cosechar esperes. La reja
y el robusto y corvo arado son los
primeros. De la madre Ceres el
estridente carretón pesado;
la rastra, compañera fiel del trillo,
y armado de sus uñas el rastrillo;
los blandos zarzos y demás enseres,
y la mística criba
que a la paja infeliz del grano priva;
cosas todas en fin que cuerdamente
tendrás prontas y listas de antemano
y a la fama de agrícola excelente
no aspirarás en vano.

¿Fabricar quieres el arado corvo?
En la vecina selva con gran fuerza,
sin que la resistencia sea estorbo,
de olmo una rama que tu mano tuerza;
en cuanto a la medida
ocho pies el timón de largo mida;

el dental rematado por la reja
va acompañado de una y otra oreja;
la esteva, que regula el movimiento
de todo el instrumento,
la esteva y yugo leves a porfía
no al buey abrumarán con demasía;
el tilo y haya te darán madera
aparente y ligera;
y la armazón entera
sobre el hogar suspensa se evapore
donde su robustez el humo explore.

Otras lecciones varias
que legado nos han nuestros abuelos
darán rumbo acertado a tus desvelos
mostrándote las vías necesarias.
Sea arrastrar la operación primera
el pesado cilindro por la era,
siendo después preciso
con tenaz greda endurecer el piso,
que el polvo mate y además impida

a la vegetación toda salida.

Sin esta precaución haráte guerra
cuanta alimaña vil cría la tierra,
el sapo, el topo y un lirón pequeño
que bajo tierra intruso
su habitación y su granero puso,
fue cuántas veces, gracias a su empeño,
de una era toda subterráneo dueño.
¡Cuánto aparvado trigo fue despojo
del destructor gorgojo,
o de la hormiga que en juntar se afana
temblando por el día de mañana!

Mira el almendro en los floridos meses
y el augurio en sus flores de tus mieses.
Si de flores recárgase lozano
gran cosecha te espera en el verano;
si es todo sombras y follaje vano
la desolada trilla
rodará sobre paja sin semilla. Vi
a muchos sembradores preparar

la semilla algunas veces
con nitro y del aceite con las heces,
para así granos obtener mayores
(siendo menos falaz la hinchada sílicua)
y que arruinados al más lento fuego
a esponjarse empezaron luego luego.
Pero la industria humana enseñó pronto
de tan vulgar superstición lo tonto,
probando con amargo desengaño
que la semilla sin cesar debía
degenerar por ley, si cada año
la más gorda al sembrar no se escogía.
Todo así retrocede y degenera,
como el que presa de mortal congoja
luchando va con la corriente fiera,
si un punto el remo afloja
rueda hacia atrás en rápida carrera.
Así pues de los astros infinitos,
del Arcturo, el Dragón y los Cabritos
estar debemos en continuo acecho,
cual los que conducidos por los mares

cruzan el Ponto en pos de sus hogares
y de Sestos y Abidos el estrecho.

Cuando equipare la imparcial Balanza
las horas del trabajo y las del sueño
y día y noche por igual nos mida,
labrad, labrad colonos con empeño,
y sembrad la cebada sin tardanza
antes que la estación deploréis ida.

Del lino y la cereal adormidera
es llegada también la sementera.

Dejar no debe el diligente aldeano
la esteva de la mano
mientras la tierra aún se mantiene enjuta,
mientras distante el temporal reputa.

Rotas de invierno las glaciales trabas
en primavera sembrarás las habas;
y el mijo que reclama anual cuidado,
y la alfalfa delicias del ganado,
cuando del año nuevo el blanco Toro

abre las puertas con sus cuernos de oro,
y el Can declina a su pesar, y el puesto
le cede al astro opuesto.

Si labras tus dominios en demanda
de rubia mies o candorosa escanda
espera a que del mar la fría onda
las orientales Pléyades te esconda,
y que de Ariana la corona se hunda
pálida y moribunda,

antes que al surco la semilla fíes
esperanza del año

y que una tierra en cultivar porfíes
solo dispuesta entonces en tu daño.

Ni será menos duro el desengaño,
de aquel que a sembrar vaya
cuando aún reluce en el oriente Maya.

Pero si anhelas cosechar la arveja,
el frejol vil, o la vulgar lenteja, antes
que apague su fulgor Bootes claros
indicios dejará que notes. Siembra,
pues, y prolonga tu sembrío hasta

mediado el frío.¹⁹

Doce los signos son que el curso marcan
del sol en su recinto aprisionado,
cinco las zonas que el Olimpo abarcan.

Una del sol por la centella herida
tostada siempre está y enrojecida;
dos opuestas al uno y otro lado
son asilo en los límites del cielo
de eterna bruma y de cerúleo hielo.

Entre estas, intermedias y templadas,
dos fueron por los dioses designadas
para servir al hombre de hospedaje,
y entre ellas hace el sol su oblicuo viaje.

El mundo que hacia el Norte se hincha y sube
deprimido aparece al medio día.

Allá, se pierde en la más alta nube;
acá, depuesta ya su altanería,
la Estigia ve sombría,

y de los Manes la región profunda. El
lúcido Dragón allá circunda, envuelve

como un mar a las dos Osas de caer
al Oceano temerosas.

Y en la oscura región del austral polo,
o reina noche sempiterna, o solo
su lóbrego horizonte se despeja
y ve la luz cuando la luz nos deja.

Y cuando los cereales de la aurora
aquí nos soplan la primera hora,
para ellos tal vez Héspero frío
encenderá su luminar tardío.

Mediante estas verdades
podemos predecir las tempestades,
el labrador sospecha
el tiempo de la siembra y la cosecha,
y cuando puede el pescador incierto
abandonar sin sobresalto el puerto.

Cuando a la selva ha de arrancarse el pino
que en sus desastres seguirá el marino:
no en balde en el celeste anfiteatro
seguimos de los astros la carrera

partido el año en estaciones cuatro,
invierno, otoño, estío y primavera.

Si alguna vez la lluvia te condena
a no salir, junto al hogar recluso,
no ha de faltarte tal o cual faena:
afila de tu reja el diente obtuso,
o el leve tronco ahonda
que te lleve por cima de la onda.

Fierro al ganado echa
o pesa de tus granos de cosecha.

Este, punta le saca
a una horquilla o estaca;
aquel otro sentado
ligas dispone que la vid sujeten
o teje el mimbre, o del hogar al lado
el rubio cereal tuesta o machaca.

Ni es trabajar ilícito
en el feriado día,
puedes las tomas destapar solícito
si tu campo de sed desfallecía,

sin que la religión ni la costumbre
tomen de ello ninguna pesadumbre.
Rodear tus sementeras del vallado
que impida los asaltos del ganado,
dar fuego a los adustos
espinosos arbustos,
lazos tender y redes
a las incautas aves también puedes,
o sumergir en saludable baño
al balador rebaño.

Y tal o cual aldeano que su corta
riqueza a la ciudad vecina exporta,
cuando en la tarde vuélvese a su aldea
algo de la ciudad su afán reporta
y el lerdo rucio con paciencia arrea.
También la luna si su curso espías
te indicará los días
propicios para tal o cual trabajo. De
ellos el quinto con temor evita que
ese de las Euménides nos trajo la

familia maldita.

Entonces fue también cuando la Tierra
dio a luz en parto horrendo a los Titanes;
a Japeto y los otros capitanes
que al cielo osaron declarar la guerra.

Tres veces intentó su osada maña
montaña levantar sobre montaña,
y otras tantas de Júpiter el rayo
desbarató su portentoso ensayo.

Al séptimo se muestra favorable
para sembrar la vida: el buey doblega
su frente entonces menos indomable,
y la hora de peinar el lino llega;
y su luz al noveno limpia y clara vende
al ladrón y al fugitivo ampara. No todo
se ha de hacer durante el día: el olvido
nocturno
y del amanecer la hora fría
tienen también en la labor su turno.

Cuando la noche su crespón descoge

la paja del rastrojo se recoge,
y los prados trasquilanse lozanos
cuando la aurora los ha puestos canos.

Otro recluso en casa
las tardas noches del invierno pasa
junto a su hogar en vela,
y de su antorcha casi moribunda
en reanimar a ratos se desvela
la llama vagabunda.

Su cónyuge los hilos entre tanto
de la futuras telas escarmena
y solaza de entrambos la faena
con monótono canto.

O de cocer el dulce mosto cuida
y a espumar con una hoja se apresura
la olla que rechina y que murmura
en el fragoso hervor estremecida.

Cosecha y trilla cuando el sol bravío
el corazón incendia del estío;
del cielo con la ayuda

en la buena estación trabaja y suda
y el hogar deja para el tiempo frío.
Parece que el invierno nos convida
a olvidar los cuidados de la vida:
del campo en los confines
el cansado colono se alborozaba,
y todos desde el fondo de la choza se
obsequian con recíprocos festines.
Como después de travesía grave
suelen los nautas de común concierto
la popa de su nave
ornar de flores al tocar el puerto.

Al mirto entonces de su fruta roja
y al laurel de su baya se despoja,
y con sus frutos llenarán tu mano
la verde encina y el olivo cano.
¿Qué importa del granizo la amenaza?
¿Qué el hielo que los ríos aprisiona
si el agrícola dado
a las gratas fatigas de la caza

ya al ciervo sigue alado,
ya a la liebre orejona,
ya arteros lazos urde
para las aves, o al venado aturde
con la imprevista rápida pedrada
por las baleares hondas disparada?

¿Qué diré del otoño y sus rigores
con todo aquello que notar importa
cuando los días la estación acorta
y hace menos intensos los calores?

¿Qué de la *torrentosa* primavera
luego que la espigada sementera
con sus espigas ha erizado el llano
y su verde prisión se cuaja el grano?

Aun del verano la estación propicia
afectarme solió con injusticia:
iba con mis colonos a la siega,
la mies, segada casi, ¡oh suerte impía!
sobre la corva hoz desfallecía,

cuando vi concurrir los turbulentos
escuadrones de vientos
y entreverarse en hórrida refriega
sobre los trastornados elementos.

La grávida cosecha
de raíz arrancada
en pedazos deshecha
fue hasta las altas nubes expulsada,
y en torbellino lóbrego y perverso
vi el fruto de mi afán volar disperso.

Así las destructoras tempestades
en la región nimbosa aglomeradas
caen sobre poblados y heredades
en cataratas cien precipitadas.

Lluvia copiosa, ingente,
los surcos desbarata prontamente,
borra los sembradíos,
colma las hondonadas,
crecen con gran rumor los hondos ríos
y el ponto hierve en los estrechos golfos.

Cruje con arduidad el Éter suma,
y del nublado en la profunda bruma
sereno, conflagrado,
hecho sol el semblante
el Padre omnipotente está sentado.
Pronto en la mano el rayo coruscante
que hace temer a la universal tierra.
Las fieras inquiriendo sus guaridas
huyeron pavoridas
sin saber dó, y el corazón del hombre
se prosterna, se aterra,
y es vil esclavo de un pavor sin nombre,
en tanto el fulminante mensajero
va a herir la cumbre de un desierto monte,
del Athos o del Ródope altanero.
Crece la lluvia y vela el horizonte;
y al rumor expirante
de los últimos vientos agitado
gime con voz distante
el bosque, y plañe el litoral mojado.

Medroso de esto observa
el aspecto nocturno
del cielo y de los astros la caterva;
la órbita inquiera de Cilenio errante
desierto; es decir que *no ganamos para sustos*.
y el frígido planeta de Saturno.
Venerar a los dioses ante todo
y hacérselos propicios
importa, y con anuales sacrificios
honrar a Ceres nuestra magna diosa,
puesto el altar en medio
del campo herboso, cuando expira el tedio
de invierno y ríe la estación hermosa.
Y es todo actividad el campesino,
de pingües crías el redil rebosa,
dulce es y grato al paladar el vino,
dulce la siesta echada
del monte en la enramada.
Junta la agreste juventud te siga,
a Ceres clame y sus loores diga,
de leche, vino y miel tú ofreces dones,

y la dichosa víctima que el pueblo
sacrificar resuelva
en torno a la heredad tres veces vuelva
de coro acompañada y ovaciones.
Ceres doquier resuene
y toda la extensión su nombre llene.
Y labrador ninguno sea osado
la mies a cosechar con mano avara
sino cuando de encina coronado
haya rendido a Ceres el usado
homenaje de cantos y algazara.

El cielo concediédnos por fortuna
que cada mes pudiera nuestro esfuerzo
leer en el semblante de la Luna
si amaga tempestad inoportuna,
bochorno agostador o frío cierzo.
Y por ella el pastor siempre guiado,
si un mal presagio asoma
no va con su ganado
a aventurarse a la distante loma.

De huracán ante el primer silbido
agita el mar y encrespa su melena,
con árido fragor el monte truena,
recorre el litoral sordo gemido,
el lejano follaje al viento ondea,
la cerceta en la playa se pasea,
y en alta mar peligra
el navegante, cuando
el cuervo buceador en largo bando con
clamor ronco al litoral emigra, mientras la
garza audaz el vuelo apronta, deja el
juncal y el cielo se remonta.

Mirarás deslizarse las estrellas
por la celeste alfombra
dejando largas luminosas huellas
en la mitad de la nocturna sombra.
La leve paja y las caducas frondas
el aire turban y la luz se ciega,
y tal cual pluma sobrenada y juega

por cima de las ondas.

Mas cuando el Septentrión relampaguea
y truena por poniente y por levante,
todo el campo se inunda en un instante;
nada hay que enjuto en la extensión se vea;
y la mojada vela a toda prisa
recoge en alta mar el navegante.

Mas nunca de improviso
llega la tempestad sin dar aviso,
que todo la presiente y la revela.

La grulla a la región del Éter vuela;
la becerra impaciente al cielo mira
y a nariz desplegada el aura aspira.

La golondrina gárrula y chillona
roza las aguas revolando inquieta
mientras la rana quejumbrosa entona
desde el fango su antigua cantaleta.

Y hasta la pobre hormiga diminuta
también amenazada se reputa,
y a otra parte, por senda desusada,

carga los huevos de su prole amada.
Bebe el Iris del mar y por el cielo
dilata su arco vasto,
y los cuervos aléjanse del pasto
con graznar ronco y estridente vuelo.

Y los diversos pájaros marinos,
y los que del Caístro en los pantanos,
a los prados asiáticos vecinos,
trinchán gusarapillos y gusanos,
no cesan con alegre algarabía
de rociarse los hombros a porfía.
Ya se hunden, ya dividen la corriente,
y siempre con empeño renaciente.
La corneja en la playa se pasea
clamando al temporal con voz huraña.
Ni la nocturna obrera en su tarea
a estos presagios permanece extraña:
de su candil la claridad se empaña;
el aceite inflamado centellea;
y en torno de la luz que la abandona

sucio hollín se amontona.

Tampoco al expirar los aguaceros
signos te faltarán menos certeros
de la serenidad nuncios constantes,
que entonces resplandecen rutilantes
sin embotado rayo los luceros,
no andan las nubes por el cielo errante
en sueltos copos, ni la luna ahora
es a su hermano de su luz deudora.

No en la desierta playa al sol se olean
los alciones que a Tétidis recrean;
ni el puerco vil hozando en los rastrojos
desata y desordena los manojos.

Las nubes en tropel se precipitan
y los profundos valles solicitan;
y la lechuza en tanto
apostada en el techo,
de la entrada del Sol puesta en acecho,
apura en balde su tardío canto.

Niso aparece en la mitad del aire y
tras él Scylla con gentil donaire,
doquier que descansar ella medita.
Él sobre ella veloz se precipita;
y cada vez que el bárbaro enemigo
va a aplicarle el rudísimo castigo,
ella lo esquiva con viveza suma
y al sol oreo su cansada pluma.

Con menos ronca voz los cuervos gritan;
y de insólito gozo estremecidos,
en los aéreos nidos,
bajo el follaje con placer se agitan.
Volver al dulce nido y prole, acaso
les regocije tras tan rudo paso.
No por esto les doy inteligencia
ni de las cosas superior presciencia;
mas conforme el aspecto
del aire se condensa o rarifica,
de ellos el natural se modifica,
y así es su condición y así su afecto.

De aquí en las aves los diversos trinos
en ciertos días y épocas del año;
de aquí el triscar alegre del rebaño
y del cuervo los gritos repentinos.

Si evitar quieres decepción acerba
de la Luna y del Sol el curso observa;
y que noche ninguna te seduzca
porque serena y trasparente luzca.

Si al hacer nuevamente su salida
trae la luna la faz descolorida,
el presagio no yerra,
gran lluvia se prepara en mar y tierra;
y ante tal mal agüero
tiemblen el labrador y el marinero.

El virginal rubor vientos acusa,
que ante el viento inminente
siempre Febea sonrojarse usa.

Y si con la luz no obtusa
reluce al cuarto día su creciente,
puedes estar seguro,

ante tan buen presagio,
que el cielo en todo un mes estará puro;
y el marino salvado del naufragio
cumple los votos de que hiciera oferta
a Glauco, a Panopea y Melicerta.

Tampoco el Sol su hermano
salvará los dinteles del oceano
sin que le hagan los síntomas cortejo.
Él te dará consejo
de lo que hacer conviene
cuando la noche y cuando el día viene.
Si al desplegar su cabellera rubia
manchas trae en su rostro, o si recóndito
entre nubes está, teme la lluvia:
el Noto va a llegar causando daños
a selvas, sementeras y rebaños.
Si bajo nube opaca
esparcidos mostrare sus cabellos, y
la aurora con pálidos destellos del
lecho de Titón la frente saca, bajo

el pámpano tierno ya madura la
uva se considera mal segura,
que el granizo saltando en son horrendo
va a azotar los tejados con estruendo.

Míralo atento al fin de su carrera
cuando va a consumir su vasta hoguera,
que al sepultar sus claros resplandores
suelen cruzar su faz varios colores.

Lluvia el azul denota, y el fogoso
es síntoma de viento proceloso;
si azul y rojo a un tiempo se presenta,
plena la tempestad será y violenta.

Y no será por cierto mi barquilla
la que imprudentemente
se aleje aquella noche de la orilla.

Si acontece que espléndido discurra
por todo un día en el azul sereno,
depón todo temor de lluvia y trueno,

que el rápido Aquilón barriendo nubes
tenuemente en los árboles susurra.

Finalmente, la estrella de la tarde

y cuanto astro arde

en la celeste altura

todos penden del Sol. — Al Sol divino

¿quién osará acusarlo de impostura?

Él los planes ocultos

revela de continuo

y las conspiraciones y tumultos

que son las tempestades de la guerra.

Él, muerto César, se apiadó de Roma;

veló entre sombras su fulgente coma;

y la generación aquella impía

creyó que para siempre anohecía.

Aunque por aquel tiempo el mar, la tierra,

los importunos perros y las aves

daban con voz de muerte anuncios graves

del futuro suceso. ¡Cuántas veces

vimos a Mongibelo, que bramaba,

de sus entrañas escupir las heces;

y por sus flancos rotos
mandar hasta los campos más remotos
rojos torrentes de encendida lava!
Tuvo Germania bélicas visiones;
oyó el choque de alados escuadrones;
y un estremecimiento
conmovió de los Alpes el asiento.
Más de una vez un gran clamor distinto
perturbó de las selvas el recinto;
y en la nocturna sombra
más de una aparición al vulgo asombra:
los ganados hablaron...
¡Oh caso infando y milagroso ejemplo!
Los ríos a sus fuentes recularon;
entreabrióse la tierra, y en el templo
llanto el marfil vertió por nuestra suerte
y bañó de sudor frío al bronce fuerte.
Rey de los otros ríos, Eridano,
salió de cauce con furor insano,
y pastores llevándose y cabañas
dilatóse por valles y montañas.

Sangre las fuentes límpidas manaron;
las fibras sin cesar se presentaron
de la inmolada res en las entrañas,
y de los lobos el silvestre aullido
fue en las ciudades en la noche oído.
Jamás estando el cielo tan sereno
se oyó la voz del trueno,
ni cayó el rayo, ni encendió el cometa
su siniestro blandón que al orbe inquieta.

Poco después los Filipinos llanos
vieron de nuevo en fraternales riñas
combatir sin piedad a los romanos.
No evitar quiso la Suprema diestra
que por segunda vez esas campiñas
fuesen regadas con la sangre nuestra.

Tiempo vendrá, cuando los campos esos
recorra el rastro y la pesada yunta,
en que la reja de acerada punta
saque a la luz del sol los grandes huesos

de la generación allí difunta.
Y las lanzas y espadas
por el orín tomadas,
pasando irán, a par de otros despojos,
del labrador absorto ante los ojos.
Y al tropezar el rastro con el yelmo
abollado y vacío,
oírás el choque sonar del hierro frío.

¡Oh dioses Nacionales!
¡Oh Númenes locales!
¡Rómulo y Vesta que miráis propicios
el Tíber y los romanos edificios!

¡Al JOVEN este preservad al menos
en estos días de desastres llenos!
El perjurio de Troya y desventura
pagó ya nuestra sangre con usura.
Tiempo ha que el cielo a César nos envidia
y por arrebatarlo al mundo lidia,
en donde entre lo justo y lo no justo

límite no hay, y el crimen y la guerra
se parten el imperio de la tierra.

Y es el arado objeto de disgusto y
yace sin honor; y de las hoces
forjan para guerrear armas atroces;
y nuestros campos ¡ay! faltos de brazos
palidecen eriazos.

Guerra nos mueven de una y otra parte;
entre los pueblos la discordia estalla,
y acuden a los campos de batalla,
rotos los pactos, y el terrible Marte
pasea por el orbe su estandarte.

Como cuando salvada la barrera
se lanza el carro en la veloz carrera,
y rebelde del auriga al empeño
vuela sin freno y del espacio es dueño.

Freeditorial 